

# Dos héroes enfrentan la muerte

**E**n Bohemia, la Biblia había sido traducida ya por el siglo IX, y el culto público se realizaba en el idioma del pueblo. Pero Gregorio VII estaba decidido a esclavizar al pueblo, y se proclamó una bula que prohibía el culto público en idioma bohemio. El Papa declaró que “place al Omnipotente que su culto se celebre en un lenguaje desconocido”.<sup>1</sup> Pero el Cielo había provisto medios para la preservación de la iglesia. Muchos valdenses y albigenses, acosados por la persecución, llegaron hasta Bohemia y trabajaron diligentemente en secreto. Así se preservó la verdadera fe.

Antes de los días de Hus, había en Bohemia hombres que condenaban la corrupción de la iglesia. Pero el clero comenzó a temer, y se inició la persecución contra el evangelio. Después de un tiempo, se decretó que todos los que se apartaran del culto romano fueran quemados. Pero los cristianos tenían la esperanza de que su causa triunfaría. Uno de ellos pronunció al morir: “Se levantará uno de entre la gente común, sin espada ni autoridad, y contra él no podrán prevalecer”.<sup>2</sup> Ya había uno que estaba levantándose, cuyo testimonio contra Roma conmovería a las naciones.

Juan Hus había nacido en un hogar humilde y quedado huérfano a temprana edad por la muerte de su padre. Su piadosa madre, considerando que la educación y el temor de Dios eran las posesiones más valiosas, trató de proveerle esta herencia a su hijo. Hus estudió en la escuela provincial, y luego, por caridad, fue admitido en la Universidad de Praga.

En la Universidad, Hus pronto se distinguió por sus rápidos progresos. Su conducta bondadosa y amable hizo que todos lo apreciaran. Era un creyente sincero de la Iglesia Romana y un fervoroso buscador de las bendiciones espirituales que ella afirmaba otorgar. Después de completar su curso universitario, ingresó al sacerdocio. Se destacó rápidamente, y pronto llegó a formar parte de la corte del rey. Fue nombrado profesor y luego rector de la Universidad. El humilde alumno que fuera admitido por caridad había llegado a ser el orgullo de su país, y su nombre era famoso en toda Europa.

Jerónimo, que más tarde llegó a asociarse con Hus, había traído consigo de Inglaterra las Escrituras de Wiclef. La reina de Inglaterra, quien se había convertido a las enseñanzas de Wiclef, era una princesa bohemio. Por medio de su influencia, las obras del reformador circularon ampliamente en su Bohemia natal. Hus miraba

---

<sup>1</sup>Wylie, lib. 3, cap. 1.

<sup>2</sup>*Ibid.*, lib. 3, cap. 1.

con buenos ojos las reformas propiciadas. Aunque él no lo sabía, ya había entrado en una senda que lo llevaría muy lejos de Roma.

## **Dos cuadros impresionan a Hus**

Por esta época, dos desconocidos de Inglaterra, hombres instruidos, habían recibido la luz y habían venido a difundirla en Praga. Pronto se los obligó a guardar silencio, pero ellos no estaban dispuestos a abandonar su propósito, y recurrieron a otros medios. Como eran pintores además de predicadores, dibujaron dos cuadros en un lugar abierto al público. Uno representaba la entrada de Cristo en Jerusalén, “humilde y montado en un burro” (S. Mateo 21:5), y seguido por sus discípulos, vestidos con indumentaria gastada por los viajes y descalzos. El otro cuadro representaba una procesión pontificia: el Papa, con ricas vestimentas y una triple corona, montado sobre un caballo magníficamente adornado, precedido por trompetas y seguido por cardenales y prelados en un despliegue deslumbrante.

Las multitudes venían a observar los cuadros. Ninguno podía dejar de la moraleja. Se produjo gran conmoción en Praga, y los extranjeros vieron que era necesario partir de allí. Pero los cuadros dejaron una profunda impresión en Hus y lo indujeron a un estudio más profundo de la Biblia y de los escritos de Wiclef.

Aunque todavía no estaba preparado para aceptar todas las reformas propiciadas por Wiclef, vio el verdadero carácter del papado, y denunció el orgullo, la ambición y la corrupción del clero.

## **Praga puesta bajo interdicto**

Las noticias llegaron a Roma, y Hus fue citado para presentarse ante el Papa. Obedecer significaría una muerte segura. El rey y la reina de Bohemia, la Universidad, miembros de la nobleza y altos funcionarios del Gobierno se unieron para pedir al pontífice que se le permitiera a Hus permanecer en Praga y responder mediante un enviado. En lugar de esto, el Papa procedió al juicio y la condena de Hus, y declaró que la ciudad de Praga estaba bajo interdicto [censura eclesiástica].

En aquella época, esta sentencia producía alarma. El pueblo consideraba al Papa como el representante de Dios, que tenía las llaves del Cielo y del infierno, y que poseía el poder para invocar juicios. Se creía que hasta que el Papa no quitara el interdicto los muertos estaban excluidos de las moradas celestiales. Todos los servicios religiosos quedaban suspendidos. Las iglesias se cerraban. Los matrimonios se celebraban en los cementerios adyacentes a las iglesias. Los muertos eran enterrados sin ceremonias en zanjas o en el campo.

Praga se llenó de disturbios. Muchos denunciaban a Hus y demandaban que fuera entregado a Roma. Para calmar la tormenta, el reformador se retiró por un tiempo a su aldea nativa; pero no cesó en sus labores, sino que viajó por el campo predicando a multitudes que escuchaban de buena gana. Cuando la efervescencia de Praga se apaciguó, Hus regresó para continuar predicando la Palabra de Dios. Sus enemigos eran poderosos, pero la reina y muchos nobles eran sus amigos; y el

pueblo, en gran número, estaba con él.

Hus había trabajado solo; pero ahora Jerónimo se unió a la Reforma. A partir de allí unieron fuerzas, y ni la muerte habría de separarlos. Hus se destacaba en las cualidades que constituyen la verdadera fuerza de carácter. Jerónimo, con verdadera humildad, percibía los valores de Hus y seguía sus consejos. Mediante los esfuerzos unidos de ambos, la Reforma se extendió rápidamente.

Dios permitió que brillara abundante luz en la mente de estos hombres escogidos, y les reveló muchos de los errores de Roma, pero ellos no recibieron toda la luz que debía ser dada al mundo. Dios estaba sacando al pueblo de las tinieblas del romanismo, y lo dirigía paso a paso, conforme podían sobrellevarlo. Como la plena gloria del sol del mediodía para los que han estado por largo tiempo morando en la oscuridad, toda la luz junta los habría hecho retroceder. Por lo tanto, Dios la reveló poco a poco, a medida que el pueblo era capaz de recibirla.

El cisma de la iglesia continuó. Ahora tres papas competían por la supremacía, y esto produjo gran inquietud en la cristiandad. No contentos con lanzarse anatemas entre sí, cada uno trataba de comprar armas y reclutar soldados. Para ello, había que tener dinero, y para conseguirlo se ofrecían a la venta las dádivas, los oficios y las bendiciones de la iglesia.

Con creciente valentía, Hus protestaba enérgicamente contra las abominaciones toleradas en nombre de la religión. El pueblo acusaba abiertamente a Roma como la causa de las miserias que agobiaban al cristianismo.

De nuevo, Praga se vio al borde de un conflicto sangriento. Como en los tiempos pasados, el siervo de Dios fue acusado de estar “creando problemas a Israel” (1 Reyes 18:17). La ciudad de nuevo fue puesta bajo interdicto, y Hus se retiró otra vez a su aldea nativa; pero iba a hablar desde un escenario mayor a toda la cristiandad, antes de dar su vida como un testigo de la verdad.

Se reunió un concilio general que debía sesionar en Constanza [al suroeste de Alemania], convocado de acuerdo con el deseo del emperador Segismundo por uno de los tres papas rivales, Juan XXIII. El papa Juan, cuyos carácter y conducta no soportaban la investigación, no se atrevió a oponerse a la voluntad de Segismundo. Los principales objetivos que se buscaban era solucionar el cisma de la iglesia y desterrar la “herejía”. Los otros dos antipapas fueron citados para presentarse, y también se requirió la presencia de Juan Hus. Los dos antipapas fueron representados por sus delegados. El papa Juan asistió con mucho recelo, temiendo que se le pidiera cuenta de los vicios con que había corrompido la tiara y de los crímenes por medio de los cuales la había conseguido. Sin embargo, hizo su aparición en la ciudad de Constanza con gran pompa, asistido por eclesiásticos y una comitiva de cortesanos. Por encima de su cabeza había un palio [dosel] de oro, sostenido por cuatro de los principales magistrados. Se llevaba delante de él la hostia, y las suntuosas vestiduras de los cardenales y de los nobles constituían una imponente ostentación.

Mientras tanto, otro viajero se acercaba a Constanza. Hus dejó a sus amigos como si nunca iría a encontrarse de nuevo con ellos, ya que sentía que su viaje lo conducía a la hoguera. Había obtenido un salvoconducto del rey de Bohemia y

otro del emperador Segismundo; pero hizo todos sus arreglos teniendo en mente la probabilidad de su muerte.

## El salvoconducto del rey

En una carta a sus amigos, les decía: “Hermanos míos, [...] parto con un salvoconducto del rey para hacer frente a mis numerosos y mortales enemigos. [...] Cristo Jesús sufrió por sus muy amados; y por lo tanto, ¿habremos de extrañarnos de que él nos haya dejado su ejemplo? [...] Por lo tanto, amados, si mi muerte debe contribuir a su gloria, oren para que se realice rápidamente, y que él me habilite a soportar todas mis adversidades con perseverancia. [...] Oremos a Dios para que yo no suprima una sola tilde de la verdad del evangelio, con el fin de dejar a mis hermanos un ejemplo excelente para seguir”.<sup>3</sup>

En otra carta, Hus hablaba con humildad de sus propios errores, acusándose a sí mismo “de haber sentido placer al usar suntuosos ropajes y haber malgastado tiempo en ocupaciones frívolas”. Luego añadió: “Que la gloria de Dios y la salvación de las almas ocupen tu mente, y no la posesión de beneficios y propiedades. Cuida de no adornar tu casa más que tu alma; y, por encima de todo, presta atención al edificio espiritual. Sé piadoso y humilde con los pobres, y no consumas tus recursos en festines”.<sup>4</sup>

En Constanza, a Hus se le concedió plena libertad. Al salvoconducto del emperador se añadió una promesa personal de protección por parte del Papa. Pero violaron estas repetidas declaraciones, y después de muy corto tiempo el reformador fue arrestado por orden del Papa y los cardenales, y arrojado en un inmundo calabozo. Más tarde, fue transferido a un fuerte castillo que estaba al otro lado del Rin, y allí lo mantuvieron preso. Poco después, el Papa también fue confinado en la misma cárcel,<sup>5</sup> luego de que se comprobara que era culpable de los delitos más indignos – además de asesinatos, simonía y adulterio –, “pecados que no podían ser mencionados”. Pronto fue privado de la tiara. Los antipapas también fueron depuestos, y se eligió un nuevo pontífice.

Aunque el Papa mismo era culpable de crímenes mayores que los que Hus les había atribuido a los sacerdotes, el mismo concilio que degradó al pontífice procedió a condenar al reformador. Su encarcelamiento levantó gran indignación en Bohemia. El emperador, determinado a no violar su salvoconducto, se opuso a la decisión tomada contra Hus. Pero los enemigos del reformador presentaron argumentos para probarle que “no debía cumplirse la palabra empeñada con herejes, y con personas sospechosas de herejía, aunque se les hubiera provisto de salvoconductos del emperador y los reyes”.<sup>6</sup>

Debilitado por la enfermedad –el húmedo calabozo le produjo una fiebre que casi terminó con su vida–, Hus fue llevado por fin ante el concilio. Encadenado,

<sup>3</sup> Bonnechose, *The Reformer Before the Reformation* [El reformador anterior a la Reforma], t. 1, pp. 147, 148.

<sup>4</sup> *Ibid.*, t. 1, pp. 148, 149.

<sup>5</sup> *Ibid.*, t. 1, p. 247.

<sup>6</sup> Jacques Lenfant, *History of the Council of Constance* [Historia del Concilio de Constanza], t. 1, p. 516.

compareció ante el emperador, quien había empeñado su buena fe para protegerlo. Mantuvo firmemente la verdad y expresó una solemne protesta contra las corrupciones del clero. Cuando se le pidió que eligiera entre retractarse de sus doctrinas o sufrir la muerte por medio del martirio, aceptó esto último.

La gracia de Dios lo sostuvo. Durante las semanas de sufrimiento que precedieron a su sentencia final, la paz del Cielo llenó su alma. “Escribo esta carta en mi prisión –le decía a un amigo–, y con mi mano encadenada, esperando que mañana se cumpla mi sentencia de muerte. [...] Cuando, con la ayuda de Cristo Jesús, nos encontremos de nuevo en la paz deliciosa de la vida futura, descubrirás cuán misericordioso se ha mostrado Dios hacia mí, cuán eficazmente me ha sostenido en medio de mis tentaciones y mis pruebas”.<sup>7</sup>

## El triunfo previsto

En su calabozo, Hus previó el triunfo de la fe verdadera. En sueños, vio al Papa y a los obispos borrando los cuadros de Cristo que él había pintado en las paredes de la capilla de Praga. “Esta visión lo perturbó. Pero al día siguiente volvió a soñar, y entonces vio a muchos pintores ocupados en restaurar estos cuadros en mayor número y con colores más brillantes. [...] Los pintores, [...] rodeados por una inmensa multitud, exclamaron: ‘Ahora que vengan los papas y los obispos; ¡nunca los volverán a borrar!’” Dijo el reformador: “La imagen de Cristo nunca será borrada. Han querido destruirla, pero predicadores mucho mejores que yo la pintarán de nuevo en todos los hogares”.<sup>8</sup>

Por última vez, Hus fue llevado ante el concilio, una vasta y brillante asamblea: estaban el emperador, príncipes del imperio, representantes reales, cardenales, obispos, sacerdotes y una gran multitud.

Le pidieron que expresara su última decisión, y Hus declaró que se negaba a retractarse. Fijando su mirada en el monarca, que en forma tan vergonzosa había violado su palabra empeñada, declaró: “Resolví, de mi propia y libre voluntad, presentarme ante este concilio bajo la pública protección y la fe del emperador aquí presente”.<sup>9</sup> El bochorno cubrió la cara de Segismundo mientras los ojos de todos se fijaban en él.

Habiéndose pronunciado la sentencia, comenzó la ceremonia de degradación. De nuevo se lo exhortó a retractarse, pero Hus replicó, volviéndose hacia el pueblo: “¿Con qué cara vería entonces los Cielos? ¿Cómo miraría yo a las multitudes de hombres a quienes les he predicado el evangelio puro? No; aprecio más su salvación que este pobre cuerpo, condenado ahora a la muerte”. Entonces le quitaron las ropas sacerdotales una por una, y cada obispo pronunciaba una maldición mientras realizaba su parte de la ceremonia. Finalmente, “colocaron sobre su cabeza una coraza (o capirote), un cono alargado de papel engrudado, que llevaba pintadas figuras de demonios, y con la palabra ‘archiereje’ bien clara al frente. Dijo Hus:

<sup>7</sup> Bonnechose, t. 2, p. 67.

<sup>8</sup> D'Aubigne, lib. 1, cap. 6.

<sup>9</sup> Bonnechose, t. 2, p. 84.

‘Muy gozosamente usaré esta corona de vergüenza por tu causa, oh Cristo, porque por mí llevaste la corona de espinas’<sup>10</sup>

## Hus muere en la hoguera

Entonces fue conducido hacia afuera. Una inmensa procesión lo siguió. Cuando todo estaba listo para encender el fuego, exhortaron una vez más al mártir a que se salvara renunciando a sus errores. “¿A qué errores renunciaré? –dijo Hus–. No me reconozco culpable de ninguno. Pongo a Dios por testigo de que todo lo que he escrito y predicado ha sido con el propósito de rescatar a las almas del pecado y la perdición; y, por lo tanto, muy gozosamente confirmaré con mi sangre la verdad que he escrito y predicado”.<sup>11</sup>

Cuando se encendieron las llamas en torno a él, comenzó a cantar: “Jesús, hijo de David, ten misericordia de mí”, y así continuó hasta que su voz fue silenciada para siempre. Un celoso partidario del Papa, describiendo el martirio de Hus, y el de Jerónimo, que fue realizado poco tiempo después, dijo: “Se prepararon para el fuego como si fueran a una fiesta de casamiento. No pronunciaron ningún clamor de agonía. Cuando se elevaban las llamas, comenzaron a cantar himnos; y apenas la furia de la hoguera pudo detener sus cantos”.<sup>12</sup>

Cuando el cuerpo de Hus se hubo consumido, arrojaron sus cenizas al Rin, y este las llevó al océano para que fueran semillas esparcidas por todos los países de la Tierra. Aun en lugares en aquel tiempo todavía desconocidos, iban a producir abundante fruto en forma de testigos de la verdad. La voz que se oyó en la sala del Concilio de Constanza despertaría ecos en todos los siglos venideros. Su ejemplo animaría a multitudes a permanecer firmes frente a la tortura y la muerte. Su ejecución exhibió ante el mundo la maligna crueldad de Roma. ¡Los enemigos de la verdad estaban promoviendo la causa que trataban de destruir!

Sin embargo, la sangre de otro testigo debía hablar de la verdad. Jerónimo había exhortado a Hus a mantener el valor y la firmeza, declarando que si cayera en peligro él se apresuraría en su ayuda. Al enterarse del apresamiento del reformador, el fiel discípulo se preparó para cumplir con su promesa. Sin un salvoconducto, se puso en marcha hacia Constanza. Al llegar, se convenció de que solamente se había expuesto a sí mismo al peligro sin la posibilidad de hacer nada por Hus. Huyó entonces, pero fue arrestado y traído de vuelta, encadenado. En su primera aparición ante el concilio, sus intentos de responder fueron apagados con gritos: “¡Tírenlo a las llamas!”<sup>13</sup> Fue arrojado en un calabozo y alimentado con pan y agua. Las crueldades de su encarcelamiento le acarrearón enfermedad y amenazaron su vida; pero como sus enemigos temieron que la muerte lo librara de sus manos, lo trataron con menos severidad, aunque permaneció preso durante un año.

<sup>10</sup> Wylie, lib. 3, cap. 7.

<sup>11</sup> *Ibid.*, lib. 3, cap. 7.

<sup>12</sup> *Ibid.*, lib. 3, cap. 7.

<sup>13</sup> Bonnechose, t. 1, p. 234.

## Jerónimo se somete al concilio

Como la violación del salvoconducto de Hus había despertado una tormenta de indignación, el concilio determinó que en lugar de quemar a Jerónimo lo obligarían a retractarse. Se le ofreció la alternativa de retractarse o morir en la hoguera. Debilitado por la enfermedad, por los rigores de la prisión y por la tortura de la ansiedad y la incertidumbre, separado de amigos y desmoralizado por la muerte de Hus, la fortaleza de Jerónimo se rindió. Se comprometió a adherir a la fe católica y aceptar la decisión del concilio al condenar a Wiclef y a Hus, exceptuando, sin embargo, las “sagradas verdades”<sup>14</sup> que ellos habían enseñado.

Pero, en la soledad del calabozo vio claramente lo que había hecho. Pensó en el valor y la fidelidad de Hus, y reflexionó en su propio abandono de la verdad. Pensó en el Maestro divino, que por su causa había soportado la Cruz. Antes de retractarse, había hallado consuelo en la seguridad del favor de Dios, aun en medio del sufrimiento, pero ahora el remordimiento y la duda torturaban su alma. Sabía que debía retractarse de otras cosas antes de que pudiera estar en paz con Roma. El camino en el que estaba entrando podía terminar solamente en la apostasía total.

## Jerónimo se arrepiente y cobra nuevo valor

Pronto, fue llevado de nuevo ante el concilio. Su sumisión no había satisfecho a los jueces. Jerónimo podía preservar su vida únicamente abandonando la verdad sin reserva alguna. Pero él ya había resuelto confesar su fe y seguir a su hermano mártir hasta las llamas.

Renunció a su primera retractación y, estando a punto de morir, solemnemente exigió la oportunidad de hacer su defensa. Los prelados insistieron en que sencillamente afirmara o negara los cargos hechos contra él. Jerónimo protestó contra una injusticia tan cruel. “Me han tenido encerrado durante 340 días en una espantosa prisión –dijo él–; ahora me traen delante de ustedes, y prestan atención a mis enemigos mortales mientras se niegan a escucharme. [...] No falten a la justicia. En cuanto a mí, soy solamente un pobre mortal; mi vida casi no tiene importancia, y cuando los exhorto a no proceder a una sentencia injusta, hablo menos en mi favor que en el de ustedes”.<sup>15</sup>

Por fin se le concedió su pedido. En presencia de sus jueces, Jerónimo se arrojó y oró para que el Espíritu divino dominara sus pensamientos, con el fin de no hablar nada en contra de la verdad o que fuera indigno de su Maestro. En aquel día se cumplió la promesa: “Cuando los arresten, no se preocupen por lo que van a decir o cómo van a decirlo. En ese momento se les dará lo que han de decir, porque no serán ustedes los que hablen, sino que el Espíritu de su Padre hablará por medio de ustedes” (S. Mateo 10:19, 20).

Por un año entero, Jerónimo había estado en un calabozo, sin poder leer o siquiera ver. Sin embargo, sus argumentos fueron presentados con tanta claridad y poder

<sup>14</sup> *Ibíd.*, t. 2, p. 141.

<sup>15</sup> *Ibíd.*, t. 2, pp. 146, 147.

como si no hubiera sido perturbado por la imposibilidad de estudiar. Señaló a sus oyentes la larga línea de santos hombres condenados por jueces injustos. En casi cada generación, los que trataban de elevar al pueblo de su época habían sido despreciados. Cristo mismo fue condenado como un malhechor en un tribunal injusto.

Jerónimo ahora declaró su arrepentimiento y testificó de la inocencia y la santidad del mártir Hus. “Lo conocí desde la niñez –dijo–. Era un hombre excelente, justo y santo; fue condenado pese a su inocencia. [...] Yo estoy listo para morir. No me retractaré ante los tormentos que mis enemigos y falsos testigos me han preparado. Ellos algún día tendrán que rendir cuenta de sus fraudes ante el gran Dios, a quien nadie puede engañar”.

Jerónimo continuó: “De todos los pecados que he cometido desde mi juventud, ninguno pesa tan tremendamente sobre mí y me causa tan agudo remordimiento como el que cometí en este lugar fatal cuando ratifiqué la infame sentencia pronunciada contra Wiclef, y contra el santo mártir, Juan Hus, mi maestro y mi amigo. ¡Sí! Lo confieso de todo corazón, y declaro con horror que desgraciadamente fui un cobarde cuando, aterrorizado por la muerte, condené su doctrina. Por lo tanto, suplico [...] al Dios omnipotente se digne perdonarme mis pecados, y en particular este, el más infame de todos”.

Señalando a sus jueces, dijo firmemente: “Ustedes condenaron a Wiclef y a Juan Hus. [...] Las cosas que ellos han afirmado, y que son irrefutables, yo también las pienso y las declaro, igual que ellos”.

Sus palabras fueron interrumpidas. Los prelados, temblando de rabia, gritaron: “¿Qué necesidad hay de más pruebas? ¡Hemos visto con nuestros propios ojos al más obstinado de los herejes!”

Imperturbable frente a la tempestad, Jerónimo exclamó: “¡Qué! ¿Suponen que le tengo miedo a la muerte? Me han tenido un año entero en un calabozo espantoso, más horrible que la muerte misma. [...] No puedo expresar mi asombro hacia una barbarie tan grande contra un cristiano”.<sup>16</sup>

## Enviado a la prisión y a la muerte

De nuevo rugió la tormenta de furia, y Jerónimo fue arrastrado hacia la prisión. Sin embargo, había algunos que fueron profundamente impresionados por él y desearon salvarle la vida. Dignatarios lo visitaron y le aconsejaron que se sometiera al concilio. Le presentaron brillantes perspectivas como recompensa si lo hacía.

“–Pruébenme por las Sagradas Escrituras que estoy en error –dijo él–, y me retractaré”.

“–¡Las Sagradas Escrituras! –exclamó uno de los que lo tentaban–. ¿Ha de juzgarse entonces todo por ellas? ¿Quién puede entenderlas antes de que la iglesia las interprete?”

“–¿Son las tradiciones de los seres humanos más dignas de fe que el evangelio de nuestro Salvador?” –replicó Jerónimo.

<sup>16</sup> Bonnechose, *The Reformer Before the Reformation* [El reformador anterior a la Reforma], t. 2, pp. 151, 153.

“–¡Hereje! –fue la respuesta–. Me arrepiento de haberte implorado tanto tiempo. Veo que estás dominado por el diablo”.<sup>17</sup>

Antes de mucho fue conducido al mismo lugar en el que Hus había dado su vida. Fue cantando por el camino, mientras su rostro brillaba con gozo y paz. Ya no estaba aterrizado por la muerte. Cuando el verdugo, a punto de prender la hoguera, se le acercó por detrás, el mártir exclamó: “Pon el fuego delante de mi cara. Si tuviera miedo, no estaría aquí”.

Sus últimas palabras fueron una oración: “Señor, Dios todopoderoso, ten piedad de mí, y perdóname mis pecados; pues tú sabes que siempre he amado tu verdad”.<sup>18</sup> Las cenizas del mártir fueron recogidas y, como las de Hus, las arrojaron al Rin. Así perecieron los fieles portaantorchas de Dios.

La ejecución de Hus había encendido llamas de indignación y horror en Bohemia. La nación entera declaró que él había sido un fiel maestro de la verdad. Se acusó al concilio de asesinato. Sus doctrinas atraieron más atención que al principio, y muchos fueron inducidos a aceptar la fe reformada. El Papa y el emperador se unieron para aplastar el movimiento, y los ejércitos de Segismundo fueron despachados contra Bohemia.

Pero surgió un libertador. Ziska, uno de los generales más capaces de su época, fue el líder de los bohemios. Confiando en la ayuda de Dios, ese pueblo hizo frente a los ejércitos más poderosos que pudieran traer contra ellos. Una y otra vez el emperador invadió Bohemia, solo para ser repelido. Los husitas no le tenían miedo a la muerte, y nada podía oponérseles. El valiente Ziska murió, pero su lugar fue ocupado por Procopio, que en cierto sentido era un líder aún más capaz que él.

El Papa proclamó una cruzada contra los husitas. Un ejército inmenso se precipitó contra Bohemia, solamente para sufrir una terrible derrota. Se proclamó otra cruzada. En todos los países papales de Europa se reclutaban hombres y se reunió dinero y municiones de guerra. Multitudes acudieron a defender el estandarte papal.

El vasto ejército penetró en Bohemia. El pueblo se reunió para rechazarlo. Los dos ejércitos se acercaron mutuamente hasta que solamente un río los dividía. “Los cruzados constituían una fuerza muy superior, pero en lugar de lanzarse a pasar el río para entablar la batalla contra los husitas, a quienes habían venido a hacer frente desde tan lejos, se mantuvieron en su lugar observando en silencio a los guerreros”.<sup>19</sup>

Repentinamente, un terror misterioso cayó sobre ese ejército. Sin dar un solo golpe, esa tremenda fuerza se disolvió y se esparció como empujada por un poder invisible. El ejército husita persiguió a los fugitivos, y un inmenso botín cayó en manos de los vencedores. La guerra, en lugar de empobrecer a los bohemios, los enriqueció.

Pocos años más tarde, bajo un nuevo papa, se emprendió aún otra cruzada. Otra vez un ejército enorme entró en Bohemia. Las fuerzas husitas emprendieron

<sup>17</sup> Wylie, lib. 3, cap. 10.

<sup>18</sup> Bonnechose, t. 2, p. 168.

<sup>19</sup> Wylie, lib. 3, cap. 17.

la retirada, atrayendo a los invasores más al interior del país, e induciéndolos a creer que ya habían ganado la victoria.

Por fin el ejército de Procopio avanzó para presentarles batalla. Tan pronto como oyeron el son del ejército que se les aproximaba, aun antes de que los husitas estuvieran a la vista, de nuevo el pánico se apoderó de los cruzados. Príncipes, generales y soldados rasos arrojaron sus armaduras y huyeron en todas direcciones. La derrota fue completa, y de nuevo un inmenso botín cayó en manos de los vencedores.

De esta manera, por segunda vez un ejército de hombres aguerridos, preparados para la batalla, huyó sin asestar un golpe contra los defensores de una nación pequeña y débil. Los invasores fueron dominados por un terror sobrenatural. El que hizo huir a los ejércitos de Madián ante Gedeón y sus trescientos hombres nuevamente había extendido su brazo (ver Jueces 7:19-25; Salmo 53:5).

### Traicionados por la diplomacia

Los dirigentes papales por fin recurrieron a la diplomacia. Una traición entregó a los bohemios al poder de Roma. Los bohemios habían especificado cuatro puntos como condición para hacer las paces con Roma: (1) la predicación libre de la Biblia; (2) el derecho de toda la iglesia a participar tanto del pan como del vino de la Comunión y el uso del idioma nativo en el culto divino; (3) la exclusión del clero de todos los cargos seculares y de todo puesto de autoridad; y, (4) en caso de crímenes, la jurisdicción de las cortes civiles sobre clero y laicos por igual. Las autoridades papales estuvieron de acuerdo en que los cuatro artículos debían ser aceptados, “pero el derecho de interpretarlos [...] debía pertenecer al concilio. En otras palabras, al Papa y al emperador”.<sup>20</sup> Roma ganó por falsedad y fraude lo que no había podido ganar por la guerra. Dándoles su propia interpretación a los artículos husitas, así como a la Biblia, pudo tergiversar el significado para cumplir sus propósitos.

Un gran número del pueblo de Bohemia, viendo que sus libertades habían sido traicionadas, no aceptó el pacto. Surgieron disensiones y luchas entre los bohemios mismos. El noble Procopio cayó, y las libertades de Bohemia llegaron a su fin.

De nuevo los ejércitos enemigos invadieron Bohemia, y los que permanecieron fieles al evangelio fueron objeto de una sangrienta persecución. Sin embargo, su firmeza era inmovible. Aunque obligados a buscar refugio en las cavernas, seguían reuniéndose para leer la Palabra de Dios y unirse en adoración a él. Por medio de mensajeros enviados secretamente a diferentes países, llegaron a saber que “en medio de los Alpes había una iglesia antigua, que se basaba en las Escrituras, y que protestaba contra las corrupciones idolátricas de Roma”.<sup>21</sup> Con gran gozo, entablaron correspondencia con los cristianos valdenses.

Fieles y firmes al evangelio, los bohemios, aun en la noche de su persecución y en la hora más sombría, dirigieron su mirada al horizonte como quienes aguardan la mañana.

<sup>20</sup> Wylie, lib. 3, cap. 18.

<sup>21</sup> Wylie, lib. 3, cap. 19.